

## La palabra

*.... Todo lo que usted quiera, sí señor, pero son las palabras las que cantan, las que suben y bajan... Me prosterno ante ellas... Las amo, las adhiero, las persigo, las muerdo, las derrito... Amo tanto las palabras... Las inesperadas... Las que glotonamente se esperan, se acechan, hasta que de pronto caen... Vocablos amados... Brillan como piedras de colores, saltan como platinados peces, son espuma, hilo, metal, rocío...*

*Persigo algunas palabras... Son tan hermosas que las quiero poner todas en mi poema... Las agarro al vuelo, cuando van zumbando, y las atrapo, las limpio, las pelo, me preparo frente al plato, las siento cristalinas, vibrantes, ebúrneas, vegetales, aceitosas, como frutas, como algas, como ágatas, como aceitunas... Y entonces las revuelvo, las agito, me las bebo, me las zampo, las trituro, las emperejilo, las liberto... Las dejo como estalactitas en mi poema, como pedacitos de madera bruñida, como carbón, como restos de naufragio, regalos de la ola...*

*Todo está en la palabra... Una idea entera se cambia porque una palabra se trasladó de sitio, o porque otra se sentó como una reinita adentro de una frase que no la esperaba y que la obedeció... Tienen sombra, transparencia, peso, plumas, pelos, tienen de todo lo que se les fue agregando de tanto rodar por el río, de tanto transmigrar de patria, de tanto ser raíces... Son antiquísimas, recientesísimas... Viven en el ferétro escondido y en la flor apenas comenzada... Qué buen idioma el mío, que buena lengua heredamos de los conquistadores torvos... Éstas andaban zancadas por las tremendas cordilleras, por las Américas encrespadas, buscando patatas, butifarras, frijolitos, tabaco negro, oro, maíz, huevos fritos, con aquel apetito voraz que nunca más se ha visto en el mundo...*

*Todo se lo tragaban, con religiones, pirámides, tribus, idolatrías iguales a las que ellos traían en sus grandes bolsas... Por donde pasaban quedaba arrasada la tierra... Pero a los bárbaros se les caían de las botas, de las barbas, de los yelmos, de las herraduras, como piedrecitas, las palabras luminosas que se quedaron ahí resplandecientes... el idioma.*

*Salimos perdiendo... Salimos ganando... Se llevaron el oro y nos dejaron el oro... Se lo llevaron todo y nos dejaron todo... Nos dejaron las palabras.*

Pablo Neruda.

*El Camino es la piedra*

**VIDAS SECAS**  
Graciliano Ramos

Carátula:

***Mural del Congreso Nacional del Ecuador***

Oswaldo Guayasamín

300 m<sup>2</sup>. 1988.

Tomado de: *El tiempo que me tocó vivir.*

España, Iberoamericana, 1988

Guayasamín, Oswaldo.

281 p. Ils.

## Contenido

Mudanza .....	7
Fabiano .....	14
Cárcel .....	22
La señora .....	31
El menor .....	38
El mayor .....	44
Invierno.....	50
Fiesta .....	57
Baleia .....	67
Cuentas .....	73
Amarillo .....	79
Plumas .....	85
Fuga.....	91



*Madre y niño*  
Óleo sobre tela 120 x 180  
Cuenca, Ecuador, 1984

## MUDANZA

En la planicie rojiza los juazeiros extendían dos manchas verdes. Después de un día de camino, los infelices estaban cansados y hambrientos. Por lo común andaban poco, pero como habían recobrado fuerzas en la arena del río seco, la jornada les había rendido cerca de tres leguas. Hacía horas que buscaban una sombra. El follaje de los juazeiros surgió a lo lejos, a través de las ramas desnudas de la catinga rala.

Marcharon hacia ellos, despacio, la señora Victoria con el hijo menor a horcajadas en la espalda y el baúl de paja en la cabeza, Fabiano sombrío, tambaleante, la bolsa terciada, la cantimplora de calabaza colgada de una correa al cinturón, la escopeta de pedernal al hombro. El hijo mayor y la perra Baleia iban de últimos.

Los juazeiros se aproximaron, retrocedieron, desaparecieron. El hijo mayor comenzó a llorar, se sentó en el suelo.

-¡Anda, condenado! -le gritó el padre.

No obteniendo respuesta lo golpeó con la vaina del cuchillo. Pero el pequeño se defendió como pudo del acoso, después se calmó, se acostó, cerró los ojos. Fabiano le dio todavía algunos golpes, y esperó a que se levantara. Como eso no sucedió, miró a su alrededor, rabioso, maldiciendo en voz baja.

La catinga se extendía con un rojo indeciso, salpicado por las manchas de blancas osamentas. El vuelo negro de los urubús dibujaba círculos altos sobre animales moribundos.

-¡Anda, maldito!

El chico no se movió y Fabiano sintió ganas de matarlo. Su ánimo estaba ensombrecido, quería responsabilizar a alguien de su desgracia. Consideraba la seca un hecho inevitable y la obstinación del hijo lo irritaba. Ciertamente no había culpa en la criatura, pero aquel incidente dificultaba la marcha y el vaquero necesitaba llegar, no sabía a dónde.

Habían dejado los caminos, llenos de espinos y pedruscos, y hacia horas que pisaban la margen del río, el cieno seco y agrietado que escaldaba los pies.

Por el espíritu atribulado del sertanejo<sup>1</sup> cruzó la idea de abandonar al niño en aquel descampado. Pensó en los urubús, en las osamentas; se rascó la barba rubia y sucia; indeciso examinó los alrededores. La señora Victoria estiró los labios, indicando vagamente una dirección, y afirmó con unos cuantos sonidos guturales que estaban cerca. Fabiano metió el cuchillo en la vaina, la guardó en el cinto, se agachó, tomó de la muñeca al niño, que se encogía, las rodillas contra el estómago, frío como un difunto. En ese instante la cólera desapareció y Fabiano sintió pena. Imposible dejar la criatura a merced de las fieras del monte.

Entregó la escopeta a la señora Victoria, se echó el hijo al hombro, se irguió, agarró los bracitos que colgaban sobre su pecho, blandos, menudos. La señora Victoria aprobó esa medida, lanzó de nuevo una expresión gutural, señaló los juazeiros invisibles.

Y el viaje continuó, más lento, más penoso, en medio del silencio.

Con su compañero ausente la perra Baleia tomó la vanguardia del grupo. Arqueada, las costillas a la vista, corría jadeante, con la lengua afuera. Y de cuando en cuando se detenía a la espera de las personas, que se retrazaban.

Aún la víspera eran seis vivientes, contando al loro. Pobrecillo, había muerto en la arena del río, donde habían descansado, a la orilla de una charca: el hambre acuciaba a los migrantes y no había por allí señales de comida. Baleia devoró las patas, la cabeza, los huesos del amigo y no guardaba ningún recuerdo de aquello. Ahora, mientras se detenía, clavaba sus pupilas brillantes en los objetos familiares, sorprendida de no ver sobre el baúl de paja la pequeña jaula donde se equilibraba precariamente el ave. También Fabiano se extrañaba a veces de su falta, pero pronto el recuerdo regresaba. Había andado sin rumbo en busca de raíces: no quedaba ni un resto de harina, no se oía ningún mugido de res perdida en la catinga. La señora Victoria, sentada en el suelo hirviente,

<sup>1</sup> Habitante del *sertão*.

las manos sujetando las rodillas huesudas, pensaba sucesos antiguos e inconexos: fiestas de boda, vaquerías, novenas, todo en un confuso tropel. La despertó un grito áspero, vio de cerca la realidad y al loro que caminaba furioso, meciéndose, en una actitud ridícula. Resolvió de repente aprovecharlo como alimento, y se justificó diciéndose a sí misma que el ave era muda e inútil. Por fuerza tenía que ser muda. De ordinario la familia hablaba poco. Y después de aquel desastre todos vivían callados; sólo de vez en vez soltaban algunas palabras. El loro canturreaba arreando un ganado inexistente, y latía, remedando a la perra.

Las manchas de los juazeiros volvieron a aparecer, Fabiano apuró el paso, olvidó el hambre, el cansancio y las heridas. Sus alpargatas estaban gastadas en los tacones y la correa le había abierto dolorosas rajaduras entre los dedos. Los calcañares, duros como cascos, se agrietaban y sangraban.

En un recodo del camino divisó el extremo de una cerca; lo iluminó la esperanza de hallar comida, sintió deseos de cantar. La voz le salió ronca, difícil. Se calló, para ahorrar fuerzas.

Dejaron la orilla del río, siguieron a lo largo de la cerca, subieron una ladera, llegaron hasta los juazeiros. Hacía tiempos no veían una sombra.

La señora Victoria acomodó a los hijos, que cayeron como fardos; los cubrió con jirones de colcha. El mayor, pasado el vértigo que lo había derribado, encogido sobre hojas secas, la cabeza apoyada en una raíz, se adormecía... despertaba. Y cuando abría los ojos distinguía vagamente un montículo cercano, algunas piedras, una carreta de bueyes. Baleia fue a enroscarse a su lado.

Estaban en el patio exterior de una hacienda sin vida. El corral desierto, el corral de las cabras arruinado y también desierto, la casa del vaquero cerrada; todo anunciaba abandono. Sin duda el ganado había muerto y los moradores huido.

Fabiano procuró en vano escuchar un toque de cencerro. Se acercó a la casa, llamó, intentó forzar la puerta. Viendo que resistía penetró en un cercadillo lleno de plantas muertas, rodeó la tapera, llegó al terreno del fondo, vio un chiquero vacío, un bosque de catingueiras marchitas, un estacón y la prolongación de la cerca del corral. Trepó al

larguero de la cerca, examinó la catinga donde resaltaban las osamentas y la negrura de los urubús. Descendió, empujó la puerta de la cocina. Volvió desanimado, se detuvo un momento en el corredor, calculando si podría hospedar allí a la familia. Pero al llegar a los juazeiros encontró a los niños dormidos y no quiso despertarlos. Fue en busca de chamizos, trajo del corral de las cabras un haz de madera medio roída por el comején, arrancó ramas de macambira, lo dispuso todo para hacer fuego. En ese instante Baleia alzó las orejas, arrugó el hocico, sintió olor a curies; olfateó un minuto; los detectó en la colina cercana y salió corriendo.

Fabiano la siguió con la vista y se asombró: una sombra cruzaba sobre el monte. Tocó a la mujer en el brazo, señaló al cielo, permanecieron un tiempo los dos aguantando la claridad del sol. Se enjugaron las lágrimas y fueron a agacharse junto a los hijos, suspirando; siguieron encogidos, temiendo que la nube se hubiera deshecho, vencida por el azul terrible; aquel azul que deslumbraba y hacía enloquecer a las personas.

El viaje había sido largo. Los días sucediéndose... las noches cubriendo súbitamente la tierra: la bóveda de añil bajaba, se oscurecía, cortada apenas por los rojos del poniente.

Diminutos, perdidos en el desierto reseco, los fugitivos se agruparon, sumando sus desgracias y sus pavores. El corazón de Fabiano latió junto al corazón de la señora Victoria, un abrazo cansado aproximó los harapos que los cubrían. Sobreponiéndose a su flaqueza se apartaron avergonzados, sin ánimo de enfrentar otra vez la luz dura, recelosos de perder la esperanza que los alentaba.

Se iban amodorrando cuando los despertó Baleia, que traía entre los dientes un curí. Todos se levantaron gritando. El hijo mayor se frotó los párpados alejando pedazos de sueño. La señora Victoria besaba el hocico de Baleia, y como el hocico estaba ensangrentado, lamía la sangre sacando provecho del beso.

Era una caza bien mezquina, pero aplazaría la muerte del grupo. Y Fabiano quería vivir. Miró el cielo con resolución. La nube había crecido ahora, cubría todo el cerro. Fabiano pisó con seguridad, olvidando las rajaduras que le herían los dedos y los calcañares.

La señora Victoria buscó en el baúl; los niños fueron a partir una ramita de romero para hacer un asador. Baleia, el oído alerta, el trasero en reposo y las patas delanteras erguidas, vigilaba, esperando la parte que le correspondería, probablemente los huesos del bicho, y tal vez la piel.

Fabiano cogió la calabaza, bajó la colina, se dirigió al río seco; halló en el bebedero de los animales un poco de lodo. Cavó la arena con las uñas, esperó que el agua brotara e, inclinándose, bebió largo rato.

Saciado se tendió boca arriba y miró las estrellas que empezaban a nacer. Una, dos, tres, cuatro... había muchas estrellas, había más de cinco estrellas en el cielo. El poniente se cubría de cirros y una alegría loca inundaba el corazón de Fabiano.

Pensó en la familia, sintió hambre. Caminando se movía como una cosa, a decir verdad, no se diferenciaba mucho del molino del señor Tomás. Ahora, acostado, se apretaba el vientre y le castañeaban los dientes.

¿Qué fin habría tenido el molino del señor Tomás?

Miró el cielo de nuevo. Los cirros se acumulaban. La luna surgió, grande y blanca. Ciertamente iba a llover.

El señor Tomás había huido también con la seca, el molino estaba parado. Y él, Fabiano, era como el molino. No sabía por qué, pero lo era. Una, dos, tres... había más de cinco estrellas en el cielo. La luna estaba cercada por un halo de color lechoso. Iba a llover. Bien. La catinga resucitaría, el ganado sobreviviente volvería al corral, y él, Fabiano, sería el vaquero de aquella hacienda hoy muerta. Cencerros con Badajoz de huesos animarían la soledad. Los niños, gordos, rosados, jugarían en el corral de las cabras; la señora Victoria vestiría faldas de estampados floridos y vistosos. Las vacas poblarían el corral, y la catinga se llenaría de verde.

Se acordó de los hijos, de la mujer y de la perra, que estaban allá arriba, debajo de un juazeiro, con sed. Se acordó del curí muerto. Llenó la calabaza, se incorporó, marchó lentamente para no derramar el agua salobre. Subió la ladera. La brisa, tibia, mecía los ziqueziques y los mandacarus. Una palpitación nueva. Sintió un estremecimiento en la catinga, una resurrección de chamizos y hojas secas.

Llegó. Pusó la calabaza en el suelo, la sostuvo con

pedras, sació la sed de la familia. Luego se inclinó, hurgó en la bolsa, tomó el yesquero, encendió las raíces de macambira, las sopló, inflando los carrillos hundidos. Una llamarada tembló, se elevó, tiñó su rostro quemado, su barba rubia, sus ojos azules. Minutos después el curí se retorció y chirriaba en el asador de romero.

Eran todos felices. La señora Victoria vestiría una falda ancha, con dibujos de flores. La cara marchita de la señora Victoria rejuvenecería, las nalgas flojas de la señora Victoria engordarían, la ropa encarnada de la señora Victoria provocaría la envidia de las otras mujeres.

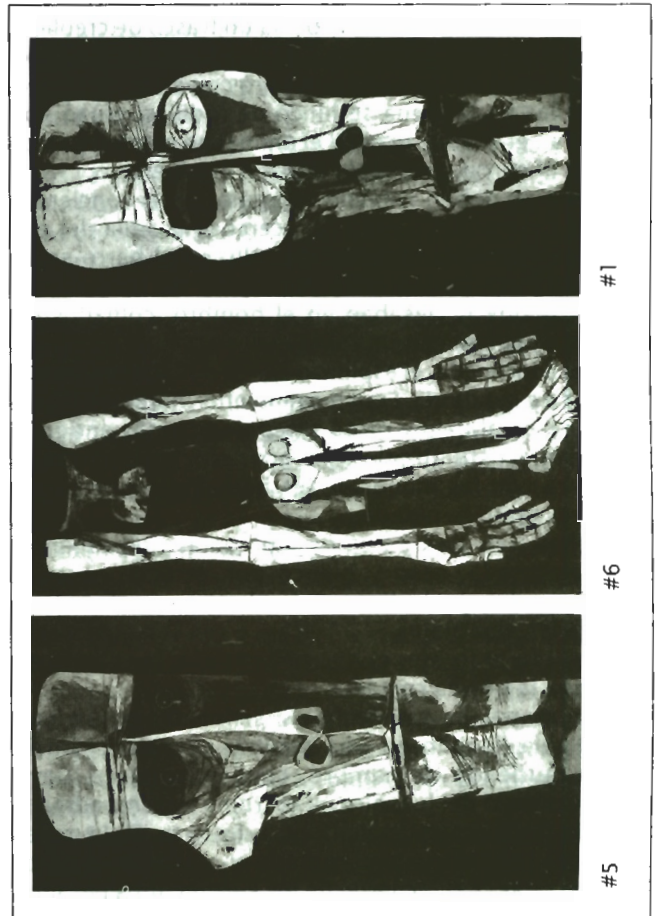
La luna crecía, la sombra lechosa crecía, las estrellas se fueron apagando en aquella blancura que llenaba la noche. Una, dos, tres... ahora había pocas estrellas en el cielo. Allí cerca la nube cubría el cerro con su sombra. La hacienda renacería, y él, Fabiano, sería el vaquero; para ser exactos, sería el dueño de aquel mundo.

Las escasas pertenencias se amontonaban en el suelo: la escopeta de pedernal, la bolsa, la vasija de calabaza y el baúl de paja pintada. La hoguera crepitaba. El curí chirriaba encima de las brasas.

Una resurrección. Los colores de la salud volverían a la cara triste de la señora Victoria. Los niños se revolcarían en la tierra blanda del corral de las cabras. Cencerros tintinearían por los alrededores. La catanga se llenaría de verde.

Baleía agitaba el rabo mirando las brasas, y como no podía ocuparse de aquellos asuntos, esperaba con paciencia la hora de masticar los huesos. Después se iría a dormir.

*La edad de la ira*  
 "Serie La Espera"  
 Oleo sobre tela  
 204 x 104 cm  
 Col. del artista  
 Quito - Ecuador  
 1968-1969



## FABIANO

Fabiano curó sobre el rastro del camino la llaga de la novilla castaña. Llevaba en la bolsa un frasco de creolina, y si hubiera hallado el animal habría hecho la curación acostumbrada. No lo encontró, pero creyendo distinguir sus huellas en la arena se hincó de rodillas, cruzó dos estacas en el suelo y rezó. Si el animal no estaba muerto volvería al corral, porque la oración era fuerte.

Cumplido su deber, Fabiano se irguió con la conciencia tranquila y marchó a casa. Se acercó a la orilla del río. La arena blanda le incomodaba; allí, en el barro seco, sus alpargatas hacían chas chas, y los badajos de los cencerros que le pesaban en el hombro, colgados de correas, sonaban con un repique sordo.

La cabeza inclinada, el espinazo curvo, agitaba los brazos a derecha e izquierda. Eran movimientos inútiles, pero él, su padre, su abuelo y otros antepasados más antiguos se habían acostumbrado a recorrer trochas apartando la maleza con las manos, y sus hijos ya empezaban a repetir el gesto heredado.

Chas chas. Los tres pares de alpargatas golpeaban el cieno agrietado, seco y blanco por encima, negro y blando por debajo. La lama de la ribera se mecía bajo el peso de las alpargatas.

Baleia corría al frente, el hocico fruncido, buscando en la catinga la novilla castaña.

Fabiano marchaba satisfecho. Sí señor, las cosas iban bien. Había llegado en una terrible situación, con la familia muriendo de hambre, comiendo raíces. Cayó rendido debajo del juazeiro, al extremo del empedrado; después tomó posesión de la casa desierta. Él, la mujer y los hijos se habían acostumbrado al cuartucho oscuro. Parecían ratas. Y el recuerdo de los sufrimientos pasados se había ido borrando.

Pisó con firmeza el suelo agrietado, desenvainó el cuchillo, se limpió las uñas. Sacó de la bolsa un rollo

de tabaco, lo picó, armó un cigarrillo con una hoja maíz, lo encendió con el yesquero, se puso a fumar satisfecho.

-Fabiano, eres todo un hombre -exclamó en voz alta. Se contuvo. Advirtió que los niños estaban cerca; con certeza se sorprenderían de oírlo hablando solo. Y, pensándolo bien, él no era un hombre: era apenas un rústico, un mestizo, ocupado en guardar cosas de otros. Rojizo, bronceado, tenía los ojos azules, la barba y el pelo rubios; pero como vivía en tierra ajena, cuidando animales ajenos, se quitaba el sombrero y se encogía en presencia de los blancos, y se juzgaba a sí mismo un mestizo ignorante.

Miró a su alrededor, receloso de que, aparte de los niños, alguien más hubiera oído su frase imprudente. La corrigió, murmurando:

-Eres un tipo hábil.

Esto era para él motivo de orgullo. Sí señor, un tipo hábil, capaz de vencer dificultades.

Había llegado en aquella terrible situación, y ahí estaba: fuerte, hasta gordo, fumando su cigarrillo de hoja.

-Un tipo hábil, Fabiano.

Lo era. Se había adueñado de la casa porque no tenía dónde caer muerto; pasó días masticando raíces de imbú y semillas de mucuná. Vino la tormenta y, con ella, el hacendado, que lo expulsó. Fabiano se hizo el desentendido y ofreció sus servicios, rezongando para sus adentros y mostrándose humilde. Lo importante era quedarse, y el patrón lo aceptó, le entregó las marcas de herrar.

Ahora Fabiano era vaquero, y nadie lo sacaría de allí. Había llegado como un animal, se había guarecido como un animal, pero había echado raíces... estaba plantado. Miró las quipás, los mandacarus y los ziqueziques. Era más fuerte que todos ellos, era como las catingueiras y las baraúnas. El, la señora Victoria, los dos hijos y Baleia estaban aferrados a la tierra.

Chas chas. Las alpargatas batían en el suelo agrietado. El cuerpo del vaquero se curvaba, las piernas semejaban dos arcos, los brazos se movían desgonzados. Parecía un simio.

Se entristeció, ¡sentirse plantado en tierra ajena! Error. Su destino era correr mundo, andar de un lado a otro, sin

rumbo, como el judío errante. Un vagabundo empujado por la seca. Estaba allí de paso, era un huésped. Sí señor, un huésped que tardaba demasiado en irse, se apegaba a la casa, al corral, al chiquero, al juazeiro que los había abrigado una noche.

Chasqueó los dedos. Baleia, dando saltos, se acercó a lamerle las manos gruesas y velludas.

Fabiano recibió la caricia, se estremeció.

-Eres un animal, Baleia.

Vivía lejos de los hombres. Sólo se hallaba a gusto entre los animales. Sus pies duros quebraban espinos y no sentían la quemadura de la tierra. Montado se confundía con el caballo, se adhería a él. Y le hablaba en una lengua canturreada, monosilábica y gutural que su compañero entendía. A pie no se sostenía bien. Pendía hacia un lado o hacia el otro, vacilante, torcido y torpe. A veces usaba en su trato con las personas la misma lengua con que se dirigía a los brutos: exclamaciones, onomatopeyas. En verdad hablaba poco. Admiraba las palabras largas y difíciles de la gente de la ciudad. Intentaba en vano repetir algunas, pero sabía que eran inútiles, y tal vez peligrosas.

Uno de los niños se aproximó, le preguntó cualquier cosa. Fabiano se detuvo, frunció la frente, espero con la boca abierta la repetición de la pregunta. Al no entender lo que el hijo deseaba lo reprendió. El chico se estaba volviendo muy curioso, muy entrometido. De seguir así, metiéndose en asuntos ajenos ¿a dónde iría a parar? Lo rechazó, irritado:

-Estos mocosos tienen ideas...

No completó la frase, pero pensó que había en aquello algo errado. Trató de recordar sus tiempos de infancia. Se vio pequeño, frágil, la camisa amarillenta y rota, acompañando al padre en las labores del campo, interrogándolo inútilmente. Llamó a los hijos, habló de cosas inmediatas, procuró interesarlos. Batió palmas:

-¡Zus! ¡Zus!

Baleia echó a correr entre los arbustos olfateando la novilla castaña. Después de unos minutos volvió desanimada, triste, de rabo caído. Fabiano la consoló, la acarició. Sólo había querido dar una lección a los hijos. Era bueno que supieran cómo debían comportarse.

Apretó el paso, dejó la lama seca de la orilla del río, llegó

a la ladera que conducía al empedrado. Iba inquieto; una sombra cruzaba sus ojos azules. Era como si en su vida hubiera aparecido una grieta. Necesitaba hablar con la mujer, alejar aquella perturbación, llenar las cestas, dar pedazos de mandacaru al ganado. Felizmente la novilla estaba curada con el rezo. Si muriera no sería su culpa.

-¡Zus! ¡Zus!

Baleia voló de nuevo entre las macambiras, en vano. Los niños rieron, animados y el espíritu de Fabiano se reconfortó. Aquello sí era lo correcto. Baleia no podía hallar la novilla en un matorral de macambiras, pero era bueno que los niños se acostumbraran a los ejercicios fáciles: batir palmas, dar gritos siguiendo los movimientos del animal. La perra regresó, la lengua afuera, acezando. Fabiano se puso al frente del grupo, satisfecho con la lección, pensando en la yegua que iba a montar, una yegua que no había sido herrada ni conocía silla. Habría en la catinga un revuelo tremendo.

Ahora quería hablar con la señora Victoria acerca de la educación de los pequeños. Por supuesto, ella no tenía la culpa. Entregada a las tareas de la casa, regando los claveles y los tiestos con hierbas, bajando al bebedero con el balde vacío y regresando con él lleno, dejaba a los hijos sueltos en el bramadero, sucios como puercos. Y ellos se habían vuelto preguntones, insoportables. A Fabiano no le molestaba la ignorancia. ¿Tenía derecho a saber?, ¿lo tenía? No lo tenía.

-Así es.

De aprender alguna cosa necesitaría aprender más, y nunca quedaría satisfecho.

Se acordó del señor Tomás, el del molino. Entre los hombres del *sertão*<sup>2</sup> el de peor estrella era el señor Tomás. ¿Por qué? Seguramente porque leía demasiado. Él, Fabiano, se lo había dicho muchas veces:

-Señor Tomás, su merced exagera. ¿Para qué tanto papel? Cuando venga la desgracia se va a ver en la ruina, igual que los demás.

Pues llegó la seca y el pobre viejo, tan bueno, tan leído, lo perdió todo; andaba por ahí, con el ánimo en los talones. Tal vez ya había estirado la pata porque una persona como él no era capaz de aguantar un verano largo.

<sup>2</sup> Zona semiselvática interior.

Cierto que aquella sabiduría inspiraba respeto. Cuando el señor Tomás el del molino pasaba, amarillo, ceñudo, encorvado a lomos de un caballo que parecía ir a ninguna parte, Fabiano y otros como él se descubrían, y el señor Tomás respondía tocando el ala de su sombrero de paja, se volvía a un lado y al otro abriendo mucho las piernas, calzadas de botas negras con remiendos rojos.

En horas de devaneo, Fabiano intentaba imitarlo. Decía palabras raras, confundiéndolo todo y trataba de convencerse de que progresaba. Bobadas, estaba claro que un sujeto como él no había nacido para hablar bonito.

El señor Tomás el del molino hablaba bien, se arruinaba los ojos encima de periódicos y libros, pero no sabía mandar: pedía. Se ve extraño en un hombre acomodado ser cortés. Hasta los rústicos censuraban aquellas maneras. Pero todos le obedecían. ¿Quién dijo que no le obedecían?

Los otros blancos eran diferentes. Su patrón de ahora, por ejemplo, gritaba sin necesidad. Casi nunca venía a la hacienda, y cuando lo hacía todo le parecía mal. El ganado aumentaba, el trabajo iba bien, pero el propietario lo regañaba. Natural. Lo regañaba porque podía regañar, y Fabiano oía los improperios con el sombrero de cuero debajo del brazo, se disculpaba y prometía enmendarse. Mentalmente juraba que no enmendaría nada porque todo estaba en orden. El amo sólo quería mostrar su autoridad, gritar que era el dueño. ¿Quién lo ponía en duda?

Fabiano, un objeto de la hacienda, un traste, sería despedido cuando menos lo esperara. Al ser contratado había recibido un caballo para el laboreo, polainas, jubón, peto y zapatones de cuero crudo, pero al salir habría de entregar todo al vaquero que lo sustituyese.

La señora Victoria ansiaba tener una cama igual a la del señor Tomás el del molino. Locuras. No decía nada, para no contrariarla, pero sabía que eran locuras. ¿Los peones podían darse lujos?... y estaban allí de paso. Un día cualquiera el patrón los despediría y ellos se echarían a andar mundo, sin rumbo; no tendrían modo de transportar los cacharros. Vivían con el fardo al hombro, bien podían dormir debajo de un árbol.

Miró la catinga amarilla que el poniente enrojecía. Si la

seca llegara no quedaría una sola planta verde. Tembló. Llegaría, por supuesto. Siempre había sido así desde que tenía uso de razón. Y antes de tenerla, antes de nacer sucedía lo mismo; años buenos mezclados con años terribles. La desgracia estaba en camino, tal vez se hallara cerca. Casi ni valía la pena trabajar. Él yendo a casa, trepando la colina, dispersando cascajo con las alpargatas; ella acercándose al galope con deseos de matarlo.

Volvió el rostro para evitar la curiosidad de los hijos. Se persignó. No quería morir. Aún intentaba correr mundo, ver tierras, conocer gente importante como el señor Tomás el del molino. Su suerte era negra pero Fabiano deseaba enfrentarle, sentirse con fuerza para luchar con ella y vencerla. No quería morir. Estaba escondido en la espesura, como un armadillo. Duro, lerdo como un armadillo. Pero un día saldría de la cueva, andaría con la cabeza erguida, sería un hombre.

-Un hombre, Fabiano.

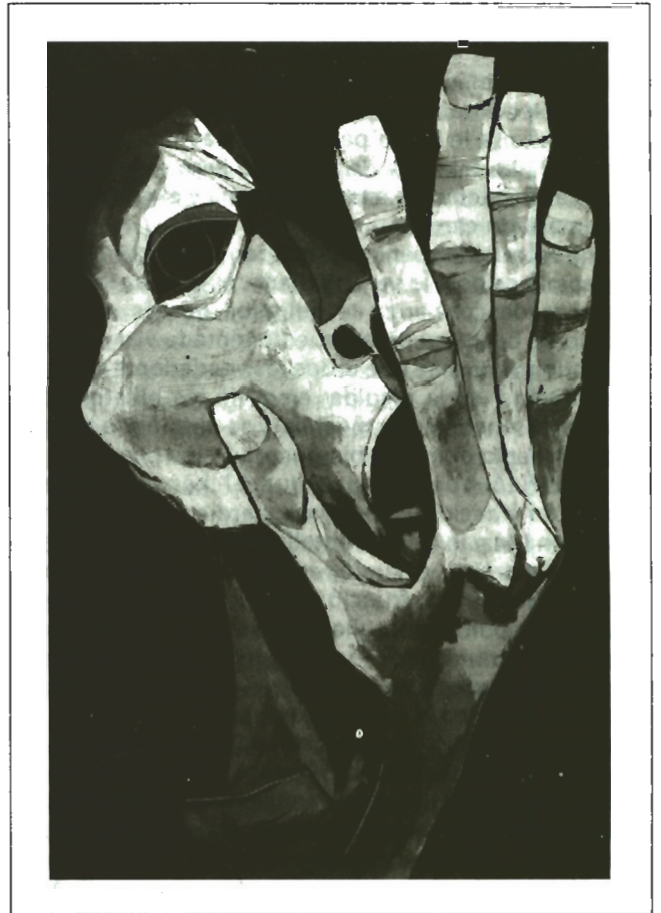
Se rascó el mentón barbudo, se detuvo, volvió a encender el cigarrillo. No, probablemente no sería un hombre: toda la vida sería esto que era, un infeliz gobernado por los blancos, casi una res en hacienda ajena.

Pero... ¿después? Fabiano tenía la certeza de que habría de sobrevivir. Muchos días había pasado sin comer, apretándose el cinturón, encogiéndose el estómago. Viviría muchos años... viviría un siglo. Pero si moría de hambre, o en los cuernos de un toro, dejaría hijos robustos que engendrarían otros hijos.

Todo seco en derredor. Y el patrón era seco también, irritable, exigente y ladrón, espinoso como un cactus de mandacaru.

Era preciso orientar bien a los niños, enseñarles a cortar mandacaru para el ganado, arreglar cercas, amansar potros. Debían ser duros, convertirse en armadillos. Si no se endurecían tendrían el final del señor Tomás el del molino. Pobre. ¿De qué le había servido tanto libro, tanto periódico? Había muerto a causa del estómago enfermo y de las piernas débiles. "Un día... sí, cuando las secas desaparecieran y todo marchara bien... ¿De verdad iban a desaparecer las secas y todo iba a marchar bien? No lo sabía. Tal vez lo sabía el señor Tomás el del molino. Libres de ese peligro los niños podrían hablar, preguntar,

llenarse de caprichos. Por ahora tenían la obligación de comportarse de acuerdo con su condición. Llegó al empedrado, contempló la casa baja y oscura, de tejas negras, dejó atrás los juazeiros, las piedras donde se arrojaban las cobras muertas, el carro de bueyes. Las alpargatas de los pequeños resonaban en el suelo blanco y liso. Baleia corría jadeante, con la boca abierta. A aquella hora la señora Victoria debía estar en la cocina, agachada junto al fogón, la falda de flores apretada entre los muslos, preparando la cena. Fabiano sintió deseos de comer. Después de la comida hablaría con la señora Victoria acerca de la educación de los niños.



*La edad de la ira*  
"Serie El Grito" #1  
Óleo sobre tela 130x190  
Col. Fundación Guayasamín  
Quito - Ecuador, 1982

## CÁRCEL

Fabiano había ido a la feria del pueblo a comprar víveres. Necesitaba sal, harina, frijoles y azúcar. La señora Victoria le había pedido además una botella de Kerosén y una tela roja de algodón. Pero el kerosén de don Ignacio estaba mezclado con agua y el corte de tela era demasiado caro.

Fabiano recorrió las tiendas buscando la tela con grandes regateos, receloso de ser engañado. Marchaba indeciso; una larga desconfianza le obligaba gestos oblicuos. Finalmente buscó su dinero medio tentado y al punto se arrepintió, seguro de que todos los vendedores robaban en el precio y en la medida: envolvió los billetes en el pañuelo, los metió en la mochila y se dirigió a la bodega de don Ignacio donde había guardado los paquetes.

Allí certificó nuevamente que el kerosén estaba adulterado y decidió beber un aguardiente, pues sentía calor. Don Ignacio trajo la botella. Fabiano bebió la copa de un solo trago, escupió, se limpió los labios en la manga de la camisa, frunció el ceño. Podría jurar que el aguardiente tenía agua. ¿Por qué sería que don Ignacio le echaba agua a todo? -se preguntó. Cobró ánimos e interrogó al bodeguero:

-¿Por qué el señor le echa agua a todo?

Don Ignacio fingió no oír. Fabiano fue a sentarse en la acera, con deseos de conversar. Su vocabulario era escaso, pero en horas de expansión se enriquecía con algunas expresiones de don Tomás el del molino. Pobre señor Tomás. Un hombre como él, desaparecer como un cualquiera, andando por este mundo con un saco a las espaldas. El señor Tomás, un hombre de respeto, que votaba. ¿Quién lo diría?

En ese momento un soldado de uniforme amarillo se acercó y golpeó con familiaridad el hombro de Fabiano.

-¿Qué tal, camarada? ¿Vamos adentro, a jugar una treinta y una?

Fabiano reparó en el uniforme con respeto y tartamudeó, buscando las palabras de don Tomás el del molino:

-O sea... Vamos y no vamos; es decir... En fin, ya que... ¡Está bien!

Se levantó y marchó atrás del amarillo, que era autoridad y mandaba. Fabiano siempre había obedecido. Tenía vigor y ánimos, pero pensaba poco, deseaba poco, y obedecía.

Cruzaron la bodega, el corredor, desembocaron en una sala donde varios sujetos jugaban a las cartas sobre una estera.

-Hagan lugar -ordenó el policía. Queremos sitio.

Los jugadores se estrecharon; los dos hombres tomaron asiento, el soldado amarillo cogió la baraja. Pero con tan mala fortuna que en poco tiempo se vio en apuros. Fabiano corrió igual o peor suerte. La señora Victoria iba a enfurecerse, y con razón.

-Bien merecido.

Se levantó furioso, salió de la sala enfurruñado.

-Espera, paisano -gritó el amarillo.

Fabiano, con las orejas ardiendo, no obedeció. Fue a pedir al señor Ignacio los envoltorios que le habla guardado, se vistió el jubón, ajustó en los hombros las correas de las alforjas, ganó la calle.

Debajo del jatobá de la plaza se detuvo a charlar con la señora Rita, la locera, sin atreverse a volver a la hacienda. ¿Qué disculpa iba a dar a la señora Victoria? Buscaba una historia convincente. Había perdido el paquete con la tela, había pagado en la botica un remedio para la señora Rita, la locera. Se enredaba: su imaginación era pobre y no sabía mentir. En las invenciones con que intentaba justificarse surgía siempre la figura de la señora Rita; eso le molestaba. Se buscaría una historia en la que ella no apareciera; diría que le habían robado el dinero de la tela. ¿Y no era cierto? Aquellos tipos lo habían dejado sin un cobre en el treinta y uno. Pero no debía mencionar el juego. Explicaría simplemente que el pañuelo con los billetes estaba en el bolsillo del jubón y había desaparecido. Diría esto: "Compré los víveres. Puse el jubón y las alforjas en la bodega de don Ignacio. Me tope con un soldado amarillo"... No, no se había topado con nadie. De nuevo se confundía. Sentía deseos de hablar del soldado, un viejo conocido, amigo de la

infancia. La mujer se sentiría orgullosa al oír aquello. Tal vez no lo hiciera. Ella era sagaz, notaría el engaño. Pues estaba decidido: el dinero había desaparecido del bolsillo del jubón, en la tienda del señor Ignacio. Nada más natural.

Repetía que era natural cuando alguien le dio un empujón, arrojándolo contra el jatobá. La feria se despoblaba, oscurecía, el hombre del alumbrado trepando en una escalera encendía los faroles. La estrella de la tarde brilló sobre la torre de la iglesia, el doctor juez de derecho fue a exhibirse en la puerta de la farmacia, el cobrador de la alcaldía pasó cojeando, con talonarios de recibos debajo del brazo; el carro de la basura atravesó la plaza recogiendo cáscaras de frutas; el señor párroco salió de su casa y abrió el paraguas para protegerse del sereno; la señora Rita, la locera, se retiró.

Fabiano tembló. Llegaría a la hacienda de noche cerrada. Entretenido con el maldito juego, mareado por el aguardiente, había dejado correr el tiempo. Y no llevaba el kerosén; tendrían que alumbrarse esa semana con cabos de vela. Se irguió, dispuesto a emprender el viaje. Otro empujón le hizo perder el equilibrio. Se dio vuelta y vio al soldado amarillo, que lo desafiaba con gesto sombrío, arrugando la frente. Hizo un ademán, intentado golpear al agresor con su sombrero de cuero. Un buen golpe bastaría para derribar a aquel infeliz. Contempló el corrillo de gente que lo rodeaba y moderó sus impulsos. En la catanga, a veces, se hacía valer, pero en la calle se intimidaba.

-El señor no tiene derecho a provocar a los que no están haciendo nada.

-¡Muévete! -gritó el policía, e insultó a Fabiano porque había abandonado la bodega sin despedirse.

-Mentira -balbuceó el vaquero. ¿Tengo yo la culpa de que el señor haya perdido sus reales en el juego?

Y no atinó a decir más. La autoridad rondó por allí un instante, deseosa de hallar un pretexto de pelea. No encontrándolo se acercó y plantó el tacón de la bota sobre la alpargata del vaquero.

-Eso no se hace, amigo -protestó el vaquero. Con los pies tengo que caminar.

El otro siguió pisándolo con fuerza. Fabiano se enfureció e injurió con rabia al soldado, mentándole la madre. Este

en respuesta hizo sonar su pito y en pocos minutos el destacamento del pueblo rodeaba el jatobá.

-Andando -ordenó el cabo.

Fabiano caminó aturdido; entró en la cárcel, oyó sin comprender una acusación terrible y no se defendió.

-Muy bien -dijo el cabo. Pela el lomo, paisano.

Fabiano cayó de rodillas, y una y otra vez le golpearon con la lámina de un machete el pecho y la espalda. Luego se abrió una puerta y un tremendo empujón lo lanzó a las tinieblas de una celda. La llave resonó en la cerradura y Fabiano se irguió, atontado; se tambaleó, se sentó en un rincón, rezongando:

-¡Hum! ¡Ah!

¿Por qué habían hecho aquello? No podía entenderlo. Alguien como él, de buenas costumbres, sin líos con la justicia... Y de repente un despropósito sin motivo. Se hallaba tan perturbado que no lograba dar crédito a lo que le sucedía. Todos le habían caído encima, de sopetón, como unos condenados. Así era imposible resistir.

-Bien, bien.

Se frotó el pecho y la espalda, se sintió molido; sus ojos azules brillaron como los de un gato. Era cierto que le habían dado una buena zurra y que estaba preso. Pero el caso era tan extraño que instantes después mecía la cabeza, dudando, a pesar de las magulladuras.

Y bueno, el soldado amarillo... Sí, había un amarillo, criatura desgraciada que él, Fabiano, habría podido despachar de un bofetón. No lo había hecho en consideración a los que mandan. Escupió con desprecio:

-Sinvergüenza, cobarde, escupitajo.

Por causa de una peste como ésa se maltrataba a un padre de familia.

Pensó en la mujer, en los hijos y en la perra. Gateando buscó las alforjas, que habían caído al suelo; se aseguró de que estuvieran allí los objetos comprados en la feria. Alguno podía haberse perdido en la confusión. Se acordó de un corte de tela que había visto en la última de las tiendas visitadas. Bonita, gruesa, ancha, roja y con dibujos de flores, exactamente como la que quería la señora Victoria. De tanto regatear centavos en la compra, por avaricia, acababa el día de aquel modo. Volvió a hurgar en las alforjas. La señora Victoria debía

estar inquietísima por su tardanza. La casa a oscuras, los niños junto al fuego, Baleia vigilando. Con seguridad habían cerrado la puerta del frente.

Estiró las piernas, recostó contra la pared el cuerpo dolorido. Si le hubieran dado tiempo habría puesto las cosas en claro. Pero, cogido por sorpresa, se había vuelto mudo. ¿Quién no se quedaría pasmado ante semejante despropósito? No lograba aceptar que aquella maldad estuviera destinada a él. Se trataba de un error; probablemente el amarillo lo había confundido con otra persona. No podía ser otra cosa.

Entonces, ¿porque un camorrista sinvergüenza se desboca, muelen a golpes a un tipo y meten al calabozo? Sabía muy bien que era así; estaba habituado a todas las violencias, a todas las injusticias. Y, a los conocidos que dormían en el cepo y aguantaban rebenque, les daba palabras de consuelo: "Paciencia. Paliza del gobierno no es deshonra".

Pero ahora rechinaba los dientes, bufaba. ¿Merecía castigo?

-¡Ah!

Y, por más que se esforzara, no lograba admitir que el soldado amarillo fuera el gobierno. El gobierno, cosa distante y perfecta, no podía equivocarse. El soldado amarillo estaba allí cerca, al otro lado de las rejas; era débil y canalla, jugaba en la estera con los campesinos y después los provocaba. El gobierno no debía permitir una perfidia así.

Y al fin de cuentas, ¿para qué servían los soldados amarillos? Dio un puntapié a la pared, gritó con furia. ¿Para qué servían los soldados amarillos? Los otros presos se movieron, el carcelero se acercó y Fabiano optó por serenarse:

-Calma, calma. No pasa nada.

Pasaban muchas cosas. No podía explicarlas, pero pasaban. Que se lo preguntaran a don Tomás el del molino, que leía libros y sabía dónde tenía la cabeza. Don Tomás el del molino se las contaría. Él, Fabiano, un bruto, no contaba nada. Solamente quería volver a casa, junto a la señora Victoria, acostarse en la cama de varas. ¿Por qué tenían que meterse con un hombre que sólo quería descansar? Que se metieran con otros.

-¡Ah!

Todo estaba mal.

-¡Ah!

Y esos tipos, ¿eran valientes? Imaginó al soldado amarillo enfrentando a un cangaceiro en la catinga<sup>3</sup>. Gracioso sería. No daría un brinco.

Evocó la vieja casa donde vivía, la cocina, la olla que humeaba en el fogón de piedras. La señora Victoria echaba sal a la comida. Abrió de nuevo las alforjas: el paquete de sal no se había perdido. Bien. La señora Victoria probaba el caldo en la vasija de coco.

Y Fabiano se quebraba las espaldas por su causa y por los hijos, y por Baleia, que era como un miembro de la familia, sabida como un cristiano. En aquel viaje terrible, en plena seca, cuando estaban todos muriéndose de hambre, la perra les había traído un curí. Se estaba haciendo vieja, la pobre. Con seguridad la señora Victoria, inquieta, se había asomado muchas veces a la puerta del frente. El gallo batía las alas, las cabras balaban en el corral, los cencerros de las vacas sonaban.

Si no fuera por... ¡Ah! ¿En qué estaba pensando? Se acercó a la reja que daba a la calle. ¡Uf! ¡Qué tinieblas! El farol de la esquina se había apagado, probablemente el hombre de la escalera sólo le había puesto medio cuarterón de kerosén.

Pobre señora Victoria, llena de nervios, en la oscuridad. Los niños sentados junto a la lumbre, la olla bullendo en el fogón de piedras, Baleia atenta, el quinqué colgado en la punta de una vara que salía de la pared.

Estaba tan cansado, tan molido, que iba cediendo al sueño en medio de aquella desgracia. Cerca de él un borracho decía incoherencias en voz alta y algunos hombres se agachaban alrededor de un fuego que llenaba la celda de humo. Discutían, quejándose de la leña húmeda.

Fabiano cabeceaba; su rostro caía una y otra vez sobre el pecho. Debíó comprar el kerosén de don Ignacio. La mujer y los hijos estarían soportando el humo en los ojos.

Despertó sobresaltado. ¿Desatinaba? Sí, confundía las personas. Tal vez fuera el efecto del aguardiente. No lo era, sólo había bebido una copa, cuatro dedos a lo más. Si le dieran tiempo contaría cómo habían sido las cosas.

<sup>3</sup> Matorral.

Escuchó el parloteo inconexo del borracho, cayó en una incertidumbre dolorosa. También él decía palabras sin sentido, hablaba sandeces. Pero la comparación le disgustó profundamente y dio cabezazos contra la pared. Era un bruto, sí señor, nunca había aprendido, no sabía explicarse. ¿Estaba detenido por eso? ¿Así era el asunto? ¿Entonces se mete a un hombre a la cárcel porque no sabe hablar bien? ¿Qué mal le hacía a nadie que él fuera bruto? Trabajaba como un burro: destapaba el bebedero, arreglaba las cercas, curaba los animales, había sacado provecho a un pedazo de hacienda sin valor. Todo en orden; podía comprobarlo el que quisiera. ¿Tenía la culpa de ser bruto? ¿Quién tenía la culpa?

Si no fuera por... Ni lo sabía. *El hilo de la idea creció, se engrosó y se partió.* Difícil pensar. Vivía tan aferrado a los animales... Nunca había visto una escuela. Por eso no lograba defenderse, poner las cosas en su sitio. La angustia de aquella historia entraba en su cabeza y volvía a salir. Era para enloquecer. Si hubiera recibido educación encontraría una manera de entender. Así, imposible, sólo sabía lidiar con animales.

En fin, de todos modos... El señor Tomás daría informaciones. Que le preguntaran a él. Un buen hombre, el señor Tomás, un hombre estudiado. Cada cual como Dios lo hizo. Él, Fabiano, era lo que era: un bruto.

Lo que quería... ¡Ah! Se le escapaba. Ahora recordaba el viaje por el *sertão*, cayéndose de hambre. Las piernas de los hijos eran flacas como agujas, la señora Victoria trastabillaba debajo del baúl. A la orilla del río habían devorado el loro, que no sabía hablar. Por necesidad.

Tampoco Fabiano sabía hablar. A veces soltaba nombres arrevesados, por pura broma. Comprendía de sobra que eran tonterías. No podía dar orden a lo que tenía en su interior. Si pudiera... ¡Ah! Si pudiera atacaría a los soldados amarillos que golpean a las gentes pacíficas. Se apretó la cabeza con las manos. ¿Qué hacían aquellos tipos acuclillados junto al fuego? ¿Qué hacía aquel borracho que se desgañitaba como un loco, gastando aliento sin ton ni son? Sintió deseos de gritar, de anunciar muy alto que ninguno de ellos servía para nada... Oyó una voz fina. Alguien en la celda de las mujeres lloraba y renegaba de las pulgas. Una mujer de la vida, sin duda. Tampoco esa servía para nada. Fabiano quería

gritar para que todo el pueblo oyera, afirmar al doctor juez de derecho, al comisario, al señor párroco y a los cobradores de la alcaldía, que allí adentro nadie servía para nada. Él, los hombres en cuclillas, el borracho, la mujer de las pulgas. Todos eran una lástima, todos eran carne de cuchillo. Era eso lo que quería decir.

Y había también ese fuego tremendo que iba y venía por su espíritu. Sí, había aquello. ¿Cómo era? Necesitaba descansar. Le dolía la frente, probablemente a consecuencia de un golpe con el cabo del cuchillo, y le dolía la cabeza toda, como si le ardiera por dentro, como si tuviera en los sesos una olla hirviente.

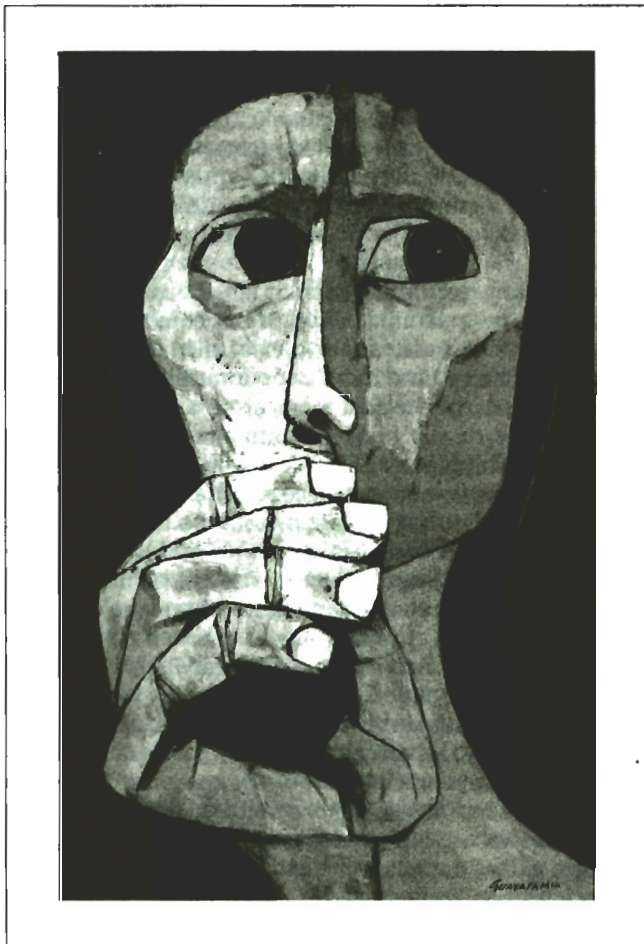
Pobre señora Victoria, inquieta y tratando de tranquilizar a los niños. Baleia vigilando, cerca del fogón. De no ser por ellos...

Ahora Fabiano lograba ordenar las ideas. Lo que lo aseguraba era la familia. Vivía preso como un novillo amarrado a la estaca, soportando un hierro caliente.

De no ser por eso ningún soldado amarillo iba a poder pisarle un pie. Lo que le ablandaba el alma era el recuerdo de la mujer y de los hijos. Sin aquella sujeción nadie

le obligaría a doblar el espinazo; saldría de allí como una onza y haría una barbarie. Cargaría la escopeta y le pegaría un tiro al soldado amarillo... Pero no. El soldado amarillo era un infeliz que no merecía siquiera un bofetón. Mataría a sus dueños. Entraría en una banda de cangaceiros y acabaría con los hombres que dirigían al soldado amarillo. No iba a quedar ni uno para semilla. Era la idea que le hervía en la cabeza. Pero estaba la mujer, estaban los niños, estaba Baleia.

Fabiano gritó, asustando al borracho, a los tipos que rodeaban el fuego, al carcelero y a la mujer de las pulgas. Tenía aquella coyunda colgándole del pescuezo. ¿Debía seguir arrastrándola? La señora Victoria dormía mal en la cama de varas. Los niños eran unos brutos, como el padre. Cuando crecieran guardarían las reses de un patrón invisible, serían pisados, maltratados, apaleados por un soldado amarillo.



**Cabeza**  
Óleo sobre tela 106 x 71 cm  
Col. Oscar Lurkovic  
Caracas - Venezuela, 1975

## LA SEÑORA

Agachada junto a las piedras que servían de fogón, la falda de flores apretada entre los muslos, la señora Victoria soplabla el fuego. Una nube de ceniza voló de los tizones y le cubrió la cara; el humo le inundó los ojos, el rosario de cuentas blancas y azules se desprendió de su cuello y cayó sobre el perol. La señora Victoria limpió sus lágrimas con el dorso de la mano, frunció los párpados, metió en su seno el rosario y siguió soplando con fuerza, inflando los carrillos.

Llamaradas lamieron las ramas de angico, se consumieron, volvieron a alzarse y se extendieron por las piedras. La señora Victoria irguió la espalda y agitó el abanico. Una lluvia de chispas sumergió en un baño luminoso a Baleia, que se enroscaba junto a la lumbre y dormitaba, acunada por las emanaciones de la comida.

Sintiendo el desplazamiento del aire y el crepitar de los leños, Baleia despertó, se retiró prudentemente, recelosa de chamuscarse el pelo, y observó, maravillada, las estrellitas rojas que se apagaban antes de tocar el suelo. Aprobó con un movimiento de la cola aquel fenómeno y quiso expresar su admiración a la dueña. Se acercó a ella dando saltitos, jadeante, se irguió sobre sus patas traseras, imitando a los humanos. Pero la señora Victoria no quería saber de elogios.

-¡Fuera!

Dio un puntapié a la perra, que se apartó humillada, rumiando su enojo.

La señora Victoria había amanecido de mal humor. Sin ningún motivo hizo al marido algún reproche con respecto a la cama de varas. Fabiano, que no esperaba aquello, apenas si gruñó: "¡Hum! ¡Hum!". Y optó por el silencio, pues la mujer es sin duda un bicho difícil de entender. Se echó en la hamaca y se durmió. La señora Victoria anduvo de un lado a otro, buscando cómo desahogarse. Hallándolo todo en orden se quejó de la

vida. Y ahora tomaba revancha con Baleia dándole un puntapié.

Se acercó a la ventana baja de la cocina, vio a los chicos jugando en el bramadero, sucios de lodo, modelando toros de barro, secándolos al sol junto al estacón, y no halló motivo para reprenderlos. Otra vez pensó en la cama de varas y riñó mentalmente con Fabiano. Dormían en ese camastro, se habían acostumbrado, pero sería más agradable dormir en una cama con lecho de cuero, como muchos otros.

Hacia más de un año que se lo decía al marido. En un principio Fabiano se mostró de acuerdo; hizo cálculos, todos errados. Tanto para el cuero, tanto para la armazón. Bien. Podrían adquirir lo necesario economizando en la ropa y en el kerosén. La señora Victoria arguyó que esa solución era imposible, porque ellos vestían mal, los niños andaban desnudos y todos se recogían al anochecer. Para decirlo más claramente, no se encendían lámparas en la casa. Habían analizado el problema, buscando otros posibles ahorros. Como no se entendieron, la señora Victoria, bastante mordaz, aludió al dinero que el marido gastaba en la feria, en juego y aguardiente. A su vez Fabiano censuró los zapatos de charol que ella usaba en las fiestas, caros e inútiles. Calzada con esos zapatones trastabillaba, se balanceaba como un loro, lucía ridícula. La señora Victoria se ofendió muchísimo con la comparación y de no ser por el respeto que el marido le inspiraba, habría dicho algún despropósito. En efecto, los zapatos le apretaban los dedos, formándole callos. A duras penas lograba equilibrarse en aquellos tacones de medio palmo; tropezaba, cojeaba. Debía verse ridícula, sí, pero el comentario de Fabiano la afectó de verdad.

Disueltas esas nubes, curtidos los sinsabores, otra vez apareció la cama en su estrecho horizonte. Ahora pensaba en ella, malhumorada. La juzgaba inalcanzable y mezclaba esa frustración con las obligaciones de la casa.

Fue a la sala, esquivó la hamaca donde Fabiano roncaba, sacó del nicho de la pared la cachimba y una hoja de tabaco, salió al corredor. El cencerro de la vaca jabonera tintineó cerca del río. Fabiano era capaz de haberse olvidado de curar la vaca jabonera. Quiso despearlo

y preguntarle, pero se distrajo contemplando los ziqueziques y los mandacarus que se alzaban sobre la campiña.

Un vaho caliente subía de la tierra calcinada. Tembló, recordando la seca; su rostro moreno palideció, sus ojos negros se desorbitaron. Apartó a toda prisa aquel recuerdo, temerosa de que retornara. Rezó en voz baja un Avemaría y, ya más tranquila, desvió su atención hacia un agujero que había en la cerca del corral de las cabras. Desmenuzó la hoja de tabaco entre las palmas de las manos gruesas, llenó la cachimba de barro, fue a reparar la cerca. Volvió, rodeó la casa atravesando el cercadillo lateral, entró en la cocina.

-Fabiano es capaz de olvidarse de la vaca jabonera.

Se agachó, atizó el fuego, retiró una brasa con la cuchara, encendió la cachimba, se puso a chupar el canuto lleno de sarro. Lanzó un escupitajo a través de la ventana, que fue a caer al solar. Se preparó para escupir de nuevo. Por una extravagante asociación relacionó ese acto con el recuerdo de la cama. Si la escupa llegaba al solar, la cama sería comprada antes de finalizar el año. Llenó la boca de saliva, se inclinó... y no logró su propósito. Hizo varios intentos, inútilmente. Sólo consiguió sentir reseca la garganta. Se irguió, desalentada. ¡Qué estupidez!, aquello no servía de nada.

Fue hasta el rincón donde la tinaja se alzaba sobre una horqueta de tres puntas, bebió un pocillo de agua. Agua salobre.

-¡Uf!

Eso le sugirió dos imágenes casi simultáneas, que se mezclaron y neutralizaron: ollas y bebederos. Se llevó el índice a la frente, indecisa. ¿En qué estaba pensando? Miró el suelo, concentrada, procurando recordar; contempló sus pies chatos, anchos, de dedos separados. De repente las dos ideas volvieron: el bebedero se secaba, la olla no había sido adobada.

Fue a levantar la tapa; recibió en la cara rojiza una tufarada de vapor. ¿Estaría dejando quemar la comida? Le echó agua y revolvió con la vasija de coco. Después probó el caldo. Insulso, ni parecía alimento de cristiano. Se llegó hasta el armario de tablas donde se guardaban cacerolas y rajadas de cecina, abrió la mochila de la sal, sacó un puñado, lo echó en la olla.

Ahora pensaba en el abrevadero, donde había un líquido oscuro que los animales rechazaban. Sólo tenía miedo de la seca.

Miró de nuevo sus pies chatos. Ciertamente que no lograba acostumbrarse a calzar zapatos, pero el comentario de Fabiano la había irritado. "Pies de loro". Pues sí, qué duda había, así camina la gente del campo. ¿Para qué avergonzarla? La comparación la humillaba.

Pobre loro. Siempre había viajado con ella en la jaula que se mecía encima del baúl de paja. Medio tartamudeaba: "Mi loro". Era todo lo que sabía decir.

Aparte de eso daba voces al ganado, imitando a Fabiano y latía como Baleia. Pobre. La señora Victoria ni quería acordarse de aquello. Había olvidado su vida de antes, era como si hubiese nacido después de llegar a la hacienda. La alusión a los zapatos le había abierto una herida y el viaje había reaparecido. Sus alpargatas se habían gastado en las piedras. Cansada, muriendo de hambre, cargando al hijo menor, el baúl y la jaula del loro. Fabiano era pérfido.

-Malagradecido.

De nuevo miró sus pies. Pobre loro. Por necesidad lo había matado a la orilla del río, para dar de comer a la familia. En aquel momento el animal estaba enojado, miraba a la perra con ojos serios y caminaba dando tumbos, como los campesinos en días de fiesta. ¿Por qué tenía que haberle despertado ese recuerdo?

Se asomó a la puerta. Contempló las flores amarillas de las catingueiras. Suspiró. Dios no habría de permitir otra desgracia. Agitó la cabeza y buscó oficios para distraerse. Tomó la vasija grande, se dirigió al bramadero, llenó de agua el pote de las gallinas, enderezó la vara. Después fue al solar a regar los claveles y las macetas de ajeno. Hizo entrar a los niños, que estaban embarrados hasta los ojos. Los reprendió:

-Mocosos! ¡Puercos! Sucios como...

Se detuvo. Iba a decir que estaban sucios como loros. Los pequeños huyeron; fueron a jugar en la estera de la sala, debajo del nicho, y la señora Victoria volvió a acercarse al fogón, reencendió la cachimba. La olla silbaba; un viento tibio y polvoriento sacudía las telarañas y las capas de hollín del techo; Baleia, bajo el armario, se rascaba con los dientes y cazaba moscas. Se

oían claramente los ronquidos de Fabiano, tranquilos, acompañados, y ese ritmo influyó en las ideas de la señora Victoria. Fabiano roncaba a sus anchas. Probablemente no había peligro, la seca debía de estar lejos.

Otra vez la señora Victoria empezó a soñar con la cama de cuero. Pero al sueño se unía el recuerdo del loro y debió hacer un gran esfuerzo para aislar el objeto de su deseo.

Todo allí era estable, seguro. El sueño de Fabiano, el fuego crepitante, el toque de los cencerros... hasta el zumbido de las moscas daba una sensación de firmeza y reposo. ¿Tendría que pasarse la vida entera durmiendo sobre varas? Justo en medio del catre había un nudo, una protuberancia gruesa de la madera. Ella se encogía en un rincón, el marido en el otro, no podían ocupar el centro. Al principio no se incomodó. Molida, exhausta de trabajar, se hubiera acostado sobre clavos. Vino, no obstante, un asomo de prosperidad. Comían, engordaban. Nada poseían. En caso de marcharse llevarían consigo la ropa, la escopeta, el baúl de paja y unos cuantos enseres. Pero iban viviendo, en la gracia de Dios; el patrón confiaba en ellos y eran casi felices. Sólo faltaba una cama. Era esto lo que oprimía a la señora Victoria. Como ya no se agotaba en oficios pesados le sobraba tiempo en las noches para pensar. Y aquel hábito de recogerse al oscurecer era tonto; las personas no son gallinas.

En ese punto las ideas de la señora Victoria tomaron otro rumbo, que muy pronto fue a desembocar en el primero: la zorra se había comido la gallina parda. Precisamente la gallina parda, la más gorda. Decidió armar una trampa cerca de la vara del gallinero. Sintió ira. La zorra pagaría su crimen.

-Ladrona.

Poco a poco su furia cambió de blanco. Los ronquidos de Fabiano eran insoportables. No había otro hombre que roncara tanto. Lo que debía hacer era levantarse y buscar una vara para cambiar aquel maldito palo que les impedía darse vuelta en la cama. ¿Por qué no lo habían hecho ya? Suspiró. Les era difícil tomar alguna resolución. Paciencia. Lo mejor era olvidarse del nudo y pensar en una cama igual a la del señor Tomás, el del molino. El señor Tomás tenía una cama de verdad, hecha por un carpintero, con la madera alisada a cepillo, las juntas